

# EL SANTIAGO DE DARÍO

**Dos años alcanzó a vivir Rubén Darío en la capital: con sus amigos mundanos fue habitué del restaurante de Papá Gage, y en soledad de boliche harto más tenebrosos. Aquí pasó mil pellejerías, a pesar de los interiores fastuosos en los que se le veía a menudo.**

por Roberto Merino

La capital en tiempos de Darío: lo aterraba el traje de los carros con sus "venenosas uñas negras".



LUIS ORREGO LUJO  
CONSIDERÓ QUE  
RUBÉN DARÍO NO  
SABÍA DISTINGUIR UN  
COCHE DE UNA CASA,  
Y ALBERTO BLEST  
BASCUÑÁN ALGUNA  
VEZ LE SOLTÓ LA  
BRUTALIDAD DE QUE  
PODRÍA GANAR MÁS  
EXHIBIENDO SU PIES  
QUE ESCRIBIENDO  
VEROS.

**H**AZ YUELLAS DEL PASO DE RUBÉN DARÍO POR SANTIAGO? No muchas, salvo en la memoria de algunos conocedores. Al que atraviesa hoy las calles del centro no se le ocurre pensar que el poeta las atravesó hace poco más de un siglo. Podemos imaginarnos la tarde de invierno de 1886 —con achilas, humos ferroviarios y faroles encendidos— cuando Darío llegó a la Estación Central y se encontró con un magnate jovial, con abrigo de cuello de piel, alegré seguridad en los ojos y que además expusiera al aire con un habano. Era Eduardo Mac-Clure, director de «La Epoca», para quien el ricarragismo trajo un par de cartas de recomendación.

El encuentro no fue feliz. Parece que Mac-Clure esperaba a otro tipo de persona, y este se dejó en su marido: «En aquella mirada observó mi pobre cuerpo de muchacho flaco, mi cabellera, mis ojeras, mi chaguecito de Nicaragua, mis pantalones estrechos que yo creía elegantes, mis problemáticos zapatos y sobre todo mi valija».

Según Domingo Melfi, Mac-Clure le recomendó no alejarse en el hotel donde le había hecho reservar (el «Inglés», en el Portal Fernández Concha), enviándolo en cambio a otro de frío oscuro, llamado «Ambos Mundos». Sea como fuere, al tiempo el poeta estaba viviendo en un cuartucho sin luz en las dependencias de «La Epoca».

Este diario tenía su sede en Estado, cerca de Huérfanos. Era, según dicen, una suerte de «The Times» chileno, de una elegancia fría, con un salón griego con marmolas y otro salón «de los tiempos galantes», con cuadros de Watteau y de Chardin.

Darío estaba, no obstante, bien lejos de esa realidad: ganaba una soldada cerro gacetillero y ni siquiera se veía capaz de cumplir con las exigencias de la redacción periodística. Hioso y melanólico, titubaba de frío en su pieza y hacia un desparpajo de publicaciones francesas sobre la cama para abrigarse. El mencionado chaguecito era una suerte de «levita presbiteral», en desuso por esos días. Uno de los costernados del diario, Alfredo Ibarra, que —que le tenía horror a la melena, llevaba frac y corbata blanca y fumaba Agujas Imperiales— puso a Darío en urgente necesidad de su sacerdote.

Las nuevas amistades, si bien atractivas, deben haber resultado un poco tristes para el poeta. Luis Orrego Luco, por ejemplo, «cordial, con los labios siempre entreabiertos por una sonrisa temible», consideró que Darío no sabía distinguir un coche de una casa. Alberto Blest Bascuñán alguna vez le soltó la brutalidad de que podría ganar más exhibiendo su pies que escribiendo versos.

La ciudad era entonces «un pedazo de París invertido en una aldea de indios». «La impresión que guardo de Santiago, en aquel tiempo —escribió Darío—, se reducía a lo siguiente: vivir de arroques y cervaza en una casa alemana para poder vestirme elegantemente, como correspondía a mis amistades aristocráticas. Terror del cólera que se presentó en la capital. Tardes maravillosas en el Santa Lucia. Crepúsculos inolvidables en el Parque Cousiño. Noches nocturnas con Alfredo Ibarra, con Luis Orrego Luco o en el silencio del Palacio de la Moneda en compañía de Pedro Balmaceda».

El poeta le temía a la muerte, a la oscuridad y a los «rotundantes fluidos». En La Moneda se quedaba hasta tarde con Balmaceda, entre jaloneras, pláquidas y libros clásicos, refugiándose del cólera y del mundo. Después volvía caminando hasta una casa de Nataniel adentro, donde también vivió. En las calles, lo aterraba el traje de los carros con sus «venenosas uñas negras».

Darío tuvo además amistades de otras esferas. La de su asturiano, dueño de una cigarrería en el Portal Fernández Concha, y la de una cierta Domitila, a la que presumiblemente amó.

Armando Donoso ubicó años después a la mujer, cuando sus encantos ya estaban marchitos y se dedicaba a «mercar en el bajo trato de la flaca como firmenina». Se acordaba vagamente de Darío: que era muy pobre y que vez de camisas usaba unas percheras baratísimas. «A través de su recuerdo —dice Donoso— pasó el poeta como una luz que no deja huellas». B.R.

en Memoria (Cap. I).

**AUTORÍA**

Merino, Roberto

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1998

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

El Santiago de Darío [artículo] Roberto Merino

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)